

# El pequeño tesoro de cada cual

**E**n la rendija, la cara de una mujer de pelo gris que sonreía. Ana la saludó; inesperadamente, el dibujo de un libro fulguró en su cabeza —¿Alicia en el País de las Maravillas?—, un gato sonriente que se borraba. No de golpe: se desdibujaba paso a paso, primero la cola, después el cuerpo, por fin la cabeza. Hasta que sólo permanecía la sonrisa, rígida, descomunal, suspendida de la nada. Esto era lo mismo pero al revés: como si la sonrisa hubiera estado ahí desde antes que Ana llegara. Esperándola.

—Qué se lo ofrece, señorita.

La pregunta de la mujer, en cambio, no indicaba que la esperase. Ana adoptó —le parecía— cierto aire de funcionaria.

—Es por el censo nacional, señora. Yo soy la censista.

—¡Ay, la censista! —el tono fue sorprendente: una mezcla de celebración y de lamento—. Le dije a mi hija que usted iba a venir a mediodía pero ella...

Dejó la frase suspendida en el aire. «Esta mujer deja todo suspendido en el aire», se le ocurrió a Ana. Dijo que una llega a la hora que puede.

—Por supuesto, mi hijita —la mujer abrió ampliamente la puerta—. Pase, por favor. Se la va a llevar el viento con ese cuerpito.

Así enflaquecida por la mujer, Ana notó que tenía hambre, ¿o sería el olor a comida? El vestíbulo era impecable: piso de mosaicos, carpetitas, muebles pulidos. Sólo una revista de historietas abierta parecía fuera de sitio. La mujer también la vio; «ay, estos chicos», murmuró con suavidad mientras la cerraba.

—Ya sé que la hora es un poco incómoda pero son unos minutos, nada más.

—Pero no, mi querida, puede quedarse toda la tarde si gusta —guardó la revista en una repisita—. Perdone, no me presenté, soy la señora de Ferrari. Pero todos me dicen Amelia, nomás.

—Y yo soy Ana. ¿Puedo sentarme por acá, así hacemos esto?

La mujer dijo que de ninguna manera, que Ana se tenía que venir con ella al comedor y acomodarse como Dios manda. Abrió una puerta que daba a un patio.

—Lo que me preocupa es que mi hija la mayor se haya ido. Y encima, el sinvergüenza de mi marido tiene que avisar justo hoy que no viene a almorzar —sacudió la cabeza con expresión de ternura—. Pobrecito, él aprovechando el feriado para adelantar el trabajo y yo tratándolo de sinvergüenza.

Ana dijo que para esto no iba a hacer ninguna falta un marido. La mujer sonrió con una especie de pudor.

—Ya sé que usted se va a burlar de mí. Le digo porque tengo tres hijas, la mayor de veintidós y la menor de catorce, así que mire si no voy a saber lo que piensan las chicas hoy en día. Pase por acá. Pero qué quiere, una está chapada a la antigua; para mí, el que resuelve las cosas en casa es mi marido. Me lleva quince años, imagínese; yo para él soy siempre su muñeca, ¡cuidado!

Ana acaba de pisar una patineta justo en la puerta del comedor. La mujer la sostuvo a tiempo.

—Ay, estos chicos —rezongó, como antes en el vestíbulo—, dejan todo tirado. Siéntese ahí, querida, así se repone —le indicó una silla ante una gran mesa ovalada, llena de tazas y restos de desayuno—. Lo que pasa es que es el más chiquito, sabe, y el único varón. Un rubio tan comprador —pareció entrar en un estado de ensueño—. El mimado de la familia, se podrá imaginar.

Sí, sí, lo que no se podía imaginar era por qué diablos la mujer habría insistido en traerla al comedor: migas por todas partes, ni un lugar como la gente para poner las planillas. Ana sopló unas migas y acomodó como pudo los papeles. Contempló con cierta languidez una tostada con dulce, semicomida.

—No sé qué va a pensar usted de mí —con premura la mujer acomodaba las cosas en una bandeja—. Lo que pasa es que con la cuestión del feriado los chicos se levantaron como a las doce.

Ana llenaba los encabezamientos tratando de no escuchar. ¿No había cierta voracidad en estas señoras que exhibían a sus maridos y a sus hijos como a una pequeña obra de arte? Observó unos segundos el ajeteo de la mujer: estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Le importaría mucho sentarse un momento, así terminamos de una vez? Todavía me quedan muchas cosas y ni siquiera almorcé. ¿No podríamos...?

—Ay, hijita, soy una criminal. La tengo acá muerta de hambre y ni siquiera la convidé con un bocado. Mire, vamos a hacer una cosa, hoy me plantaron todos con el almuerzo. Venga, venga conmigo a la cocina. Usted me hace las preguntas y yo la invito a comer. Me va a hacer un favor, en serio, no estoy acostumbrada a comer sola.

Ana se resistió sin mucho énfasis.

—Vamos, no me va a engañar a mí que podría ser su madre. Venga, si está muerta de hambre. Venga conmigo a la cocina. A mi marido y a mis chicos les encanta comer en la cocina.

Y qué. ¿No había estado deseando todo el tiempo que en alguna casa la convidaran con algo? Aspiró el olor a comida y se puso de pie.

La mujer abrió a medias una puerta que debía comunicar con otra habitación; la cerró con violencia, como si hubiese visto algo desagradable. Miró a Ana con cierto recelo.

—La iba a hacer pasar por el dormitorio —dijo—. No me acordaba que hoy ni tendí las camas. Venga por acá —y salió por la puerta que daba al patio.

Ana la siguió. Qué le importaba al fin y al cabo. Oyó voces de chico que venían desde el otro lado de la medianera. Los vecinos de al lado, pensó; a esta casa no le falta nada.

—Todo el día gritando, ya me tienen cansada —dijo la mujer con malhumor; miró fugazmente a Ana y dulcificó el tono—. En fin, son chicos como los míos ¿no? Lo que pasa es que una siempre ve la paja en el ojo ajeno. Entre, vamos, esta es la cocina.

Una olla enorme, sobre la hornalla. La mujer levantó la tapa y revolvió con una cuchara de madera. Un vapor sustancioso se esparció por la cocina.

—Venga, mire, dígame si me iba a plantar con toda esta comida. Si alcanza para un regimiento —rió bonachonamente—. Siempre hago de más, qué quiere, si estos en cualquier momento se aparecen con un invitado.

Es la madre perfecta, pensó Ana. Se sentó y acomodó las planillas mientras la mujer tendía la mesa para dos y ponía la comida en una fuente.

—Pregunte, querida. Así después comemos tranquilas —se sentó y empezó a llenar los platos.

Ana tomó la lapicera. Preguntó cuántas personas vivían en la casa, aunque ya ni falta le hacía.

—Nada más que nosotros —dijo con ternura la mujer—. Perdón, usted querrá saber cuántos somos, esas cosas. Mi marido, mis tres hijas y el nene: el benjamín —se encogió de hombros—. Y yo, claro. ¿Le digo las edades?

Ana dijo que no hacía falta. Que quiénes trabajaban.

—Mi marido.

—¿El único?

—Ah, sí, él nos mantiene a todos. Es decir, mi hija la mayor trabaja también: es decoradora. Pero nada más que para los gustos, eh. El padre no quería pero yo estoy con la juventud moderna.

—Sí, señora, sí. ¿Alguno va a la escuela?

La mujer se reía.

—Qué pregunta. Claro, el nene a la primaria; está en cuarto. La menor de las chicas en segundo año normal. Y la que sigue en primer año de medicina. Esa es una luz, no es porque yo sea la madre.

Ana miró de reojo el plato servido. París bien valía una misa, ¿no? Preguntó cuántas habitaciones tenía la casa.

—¿Qué? —la mujer pareció ponerse alerta— Ah, cinco.

¿Cinco? En fin. Ana anotó y dejó la lapicera. Corrió las planillas.

—¿Ya está?

—Ya está.

Inesperadamente la mujer canturreó. Ahora parecía más joven: resplandecía.

—Así que esto era todo —dijo, como para sí misma.

Ana ya había empezado a comer. Delicioso, realmente. Ahora sí, que la mujer hablase todo lo que quisiera. De su marido ejemplar y de sus tres jóvenes gracias y del retozón rubio, alegría de la familia. Por qué no: cada uno tiene su pequeño tesoro. Comiendo se sentía magnánima.

—¿Vio que no era para tanto? —dijo con tono juguetón.

La mujer sacudió la cabeza. Parecía no creer del todo en los hechos admirables que acababan de ocurrir. Con timidez señaló las planillas.

—Y esto, ¿a dónde va?

—¿Esto? —Ana observó con desconfianza los papeles—. No sé, harán estadísticas, esas cosas.

—Estadísticas —repitió la mujer.

Pensándolo bien, mejor terminar en seguida e irse: antes de que la mujer empezara a hablar otra vez. «¡Te bajás de ahí inmediatamente!», oyó. «No me bajo nada». Los vecinos de al lado. Gente barullera, realmente, tenía razón la mujer, «Bajáte».

—¡Te digo que no me bajo nada! —más fuerte ahora—. ¡Quiero mi patineta!

Ana miró, a través de la puerta que daba al patio, hacia el lugar de donde venía la voz. Vio la cabeza de un chico rubio que se asomaba sobre la medianera. «Bajáte, te digo; te vas a caer».

—Coma de una vez —dijo la mujer con sequedad—, se le va a enfriar la comida.

—Quiero mi patineta —repitió el chico—. ¡Amelia!

—Señorita Amelia —corrigió la vecina.

—¡Señorita Amelia! —gritó el chico— ¿Está ahí?

Ana miró a la mujer: comía con los ojos fijos en el plato.

—¡Señorita Amelia! —el chico la distinguió a Ana en la cocina— ¡Eh, vos! —gritó—, ¿la señorita Amelia está ahí?

Ana seguía observando a la mujer concentrada en su plato. La hizo desviar los ojos una sensación de repugnancia.

—Escúcheme —dijo con rabia—, preguntan por la señorita Amelia, ¿no oyó?

—Y a mí qué me dice —dijo la mujer— ¿Se cree que estoy obligada a conocer a todo el barrio?

—¡Sé buena! —gritó el chico—. Yo se la presté porque dijo que era para un sobrino, pero ahora mi mamá me dice que ésa no tiene ni sobrinos ni nada. Vos no serás el sobrino, ¿no? —se rio, encantado con su chiste; la vecina murmuró algo incomprensible—. Y ahora me bajo porque me matan. Chau. Si la ves a la señorita Amelia, ya sabés.

Y como un actor que ha terminado su parte, el chico, su cabeza rubia, desapareció de la medianera.

—¿Ya terminó?

Ana giró la cabeza, sobresaltada. De pie ante ella estaba la mujer. Esa cualidad de derramarse que antes parecía rodearla como un aura, había desaparecido de su cara y de su cuerpo.

Se llevó los platos. Con minuciosidad, con firmeza, fue arrojando la comida en el tacho de basura. *Tanto trabajo para esto.* Ana lo pensó sin proponérselo. Tenía ganas de escaparse corriendo de allí.

—¿Postre?

La cara dura e inexpresiva otra vez ante ella. Como si la mujer ferozmente se estuviera obligando a cumplir su tarea hasta el final.

—No, gracias, tengo que irme.

Ana se había puesto de pie. Con rapidez juntó los papeles.

—¿Esto...? —la mujer se interrumpió. El brazo extendido señalaba las planillas. *Esto.* Por fin Ana creyó comprender. La invadió una especie de horror. Habló en voz muy baja.

—Esto queda como está —dijo.

Sólo un instante la expresión de la mujer recuperó esa cualidad de derramarse que había tenido antes. Nada más que una ráfaga. Una posibilidad de amor que brilló y se apagó.

Después la mujer, silenciosa y rígida, guio a Ana hasta la salida. No contestó a su saludo de despedida, ni siquiera la miró. Esperó a que saliera, dio un golpe seco, y con dos vueltas de llave cerró bien cerrada la puerta cancel.

**Liliana Heker**



## “COMPAÑERO AUGUSTO”

ORLANDO URDANETA / MARIA GRACIA BIANCHI. COLOR



**SIMON DIAZ**

EVA MONDOLFI  
RAFAEL BRICEÑO

**LA EMPRESA**  
PERDONA UN MOMENTO DE LOCURA

MARIA ESCALONA  
RAFAEL GOMEZ

Dirección:  
MAURICIO WALERSTEIN